El vejigante ponceño

La riqueza en tradiciones populares que caracteriza a Puerto Rico es de conocimiento general. De esa riqueza, uno de los aspectos más pintorescos, distintivos y arraigados corresponde a las máscaras y entre ellas ocupa un lugar particularmente destacado el vejigante ponceño. Pude documentar la tradición del vejigante años atrás en el curso de diversas visitas a las antiguas barriadas de la Ciudad Señorial efectuadas con el fin de obtener datos de primera mano acerca de tan significativa figura del folclor borincano. Llevé a cabo esta labor de recogida y conservación como parte del estudio para la preparación del libro *Las caretas de cartón del carnaval de Ponce* publicado en el año 1982.[1]

Aunque en el referido libro me ocupo del vejigante con algún detalle y doy a conocer datos que sobre él obtuviera de la tradición oral y de observaciones personales en aquella Ciudad, no debe perderse de vista el hecho de que estos datos se incluyen como parte del trasfondo de las caretas bajo estudio. Agotado el libro hace ya mucho tiempo, me ha parecido oportuno reorganizar y ampliar la información en torno al vejigante y dedicar estas hojas a un comentario de dicho personaje, merecedor de atención especial por ser uno de los puntales de mayor interés y colorido de la cultura popular de nuestra Antilla.

Conviene señalar el hecho de que, como parte de la investigación de campo mencionada y para tener un registro gráfico del vejigante ponceño en aquel momento, a solicitud mía el artista Jack Délano tomó fotografías de dicho personaje en los recorridos que éste

efectuaba habitualmente por las barriadas antiguas de Ponce durante la temporada de carnaval. Captó las escenas el magnífico lente de nuestro fotógrafo en el curso de las temporadas de 1977 a 1982. Algunas de estas valiosas fotografías se encuentran reproducidas en el aludido libro *Las caretas...*, y las mismas, junto con otras conservadas en mi archivo particular, nos hablan con elocuencia de esa costumbre aún viva en la hermosa ciudad a orillas del Caribe.

El vejigante, cuyo nombre posee el interés lingüístico de haberse acuñado en el País, es una máscara tradicional puertorriqueña de aspecto diabólico y extravagante que va por las calles armada de unas vejigas infladas infundiendo miedo y haciendo ruido. En relación con esta palabra que denomina a la máscara, en su obra *Vocabulario de Puerto Rico* el lexicógrafo Augusto Malaret cita un documento de 1747 en que se alude a la participación de dicho enmascarado en fiestas públicas que tuvieron lugar ese año en la ciudad de San Juan de Puerto Rico: "Los que en Europa llaman Diablitos en esta isla tienen el nombre de Bejigantes." [2] Es posible que algunos de los elementos del vejigante nos vinieran de una máscara española llamada "bojiganga", conocida ya a principios del siglo XVII. Así, el diccionarista Malaret cita en la misma obra el famoso pasaje de *El Quijote* en que Cervantes hace referencia a esa máscara, cuando dice: "Uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas." [3]

Hacia fines del siglo diecinueve y principios del veinte la antigua tradición del vejigante tenía considerable difusión en Puerto Rico. Así se desprende de los testimonios que recogí en diversas regiones

del País durante la encuesta de campo realizada sobre el tema de esa máscara callejera puertorriqueña. Personas de muchos años con quienes conversé en la ciudad capital de San Juan en 1979 afirmaron, por ejemplo, que en su juventud era usual ver vejigantes en los días de carnaval.[4] Recorrían las calles del sector antiguo de la Ciudad ruidosamente blandiendo vejigas siempre. Algunos de ellos acostumbraban llevar varias monedas de poco valor para arrojarlas a los muchachos de corta edad que a menudo los seguían. Al sacar del bolsillo una moneda y arrojarla, el disfrazado solía gritar:

- Toma, muchacho, chavito aquí.

Y los niños, entusiasmados, preguntaban a coro:

- ¿Será pa mí? ¿Será pa mí? [5]

Otro ejemplo de la existencia de esta tradición en diversas regiones de la geografía puertorriqueña es la ciudad de Guayama, en el sur de la Isla. Allí me brindaron informes de que en los antiguos carnavales el vejigante aparecía a menudo, y me ofrecieron la interesante noticia de que, además de usar la careta habitual de cartón piedra, la llevaba a veces de higüera.[6] Uno de los sujetos entrevistados, Arsenio Santos, de 80 años de edad, que había hecho la suya de ese material en sus años mozos, me informó que entre los estribillos más conocidos en el repertorio del vejigante guayamés, se encontraban éstos:

- *Máscara cachimbá.*
- *Chim-ban-bá.*

- *Ese negro brujo.*
- *Brujo es.*

- *Sun-sun-eco*
- *Gue-re-té.*

- *Mírale los ojos.*
- *Brujo es.*

Asimismo, tuve conocimiento de que los vejigantes participaban en las fiestas de carnaval populares del pueblo de Arroyo, en la costa sureste del País. Algunos de los ancianos que interrogué [7] recordaban haber visto en su juventud comitivas precedidas por estos disfrazados que iban sonando *fotutos*, es decir, trompetas tradicionales de raigambre indígena hechas de un caracol marino grande. Para abrir el paso, varios de los vejigantes golpeaban con las vegigas infladas a todo el que se interponía en el camino, poniendo orden, de igual modo, entre la alborotosa chiquillería que de ordinario los rodeaba y seguía. Al pasar por las calles, era usual que repitieran estribillos como los siguientes:

- *Picapica me picó.*
- *Bajo el palo de mangó.*

- *Picapica me está picando.*
- *Bajo el palo de malango.*

- *El diablo verde está pintao.*
- *De negro, verde y colorao.*

En el pueblo de Corozal, en la región interior de la Isla, pude comprobar y documentar de igual modo, a base de testimonios de la tradición oral, la presencia del vejigante. Afirmaron los corozaleños entrevistados [8] que tiempo atrás estos enmascarados se veían con frecuencia en las fiestas de carnaval. Me ofrecieron también el dato de que durante las luchas callejeras en que se envolvían las máscaras con los vecinos solía oírse el siguiente estribillo de notable sabor criollo:

- *El vejigante va.*
- *De cabeza a la quebrá.* [9]

A los ejemplos ofrecidos aquí de poblaciones donde arraigó la tradición del vejigante, debo añadir que también recibí testimonio de su antigua presencia en San Germán [10], Fajardo [11], Arecibo [12] y Mayagüez [13]. En todos estos municipios los vecinos interrogados tenían recuerdos, aunque no abundantes debido a la lejanía en el tiempo, del enmascarado en las fiestas carnavalescas. Es interesante el hecho de la recitación de estribillos como un elemento común en todos los lugares mencionados. Sin embargo, es de lamentar que fue infructuosa la búsqueda de fotografías que ofrecieran una idea precisa del aspecto antiguo de las máscaras.

La única ocasión en que el vejigante no figura en actividades de carnaval es el conocido caso de la fiesta de Santiago Apóstol en Loíza Aldea. Comienzan a salir las máscaras en esta fiesta religiosa el 26 de julio y "representan al mal, al diablo, a los moros que el Apóstol Santiago y los caballeros españoles combatieron", según indica Ricardo Alegría en *La fiesta de Santiago Apóstol en Loíza Aldea*.[14] Se cubren el rostro las mismas con una careta que ahora, por lo regular, es de coco, aunque antes también podía ser de lata o de cartón piedra; lleva vejigas infladas que se atan al extremo de una delgada vara; su traje es típicamente un mameluco; recita estribillos; y recorre las calles asustando y persiguiendo a las mujeres y los niños. La tradición del vejigante loiceño se halla bien registrada en la obra de Ricardo Alegría, que al hacer su investigación encontró viva dicha costumbre en esa aldea de marcada herencia negroafricana en la costa noreste de Puerto Rico.

El vejigante ponceño, como antes indicara, acostumbra salir a pie en los días de carnestolendas a hacer recorridos por las barriadas de la Ciudad, lo mismo que por algunos caminos rurales cercanos, blandiendo en forma amenazadora vejigas de vaca o de puerco hinchadas. Durante varias horas, esta máscara terrórifica y fustigadora da rienda suelta a sus energías asustando, persiguiendo y propinando vejigazos en broma a las personas con que se encuentra en su camino. Blanco especial de tales diabluras son las muchachas y los niños; también los animales domésticos, como los perros y gatos, que se atemorizan en extremo al verse amenazados por tan extraño y ruidoso personaje.

Pero no siempre se halla el vejigante en estos alborotosos recorridos. Ocasionalmente, sobre todo en el pasado, los disfrazados encabezaban desfiles y comitivas carnavalescas, abriendo el paso con las consabidas vejigas. Entre las funciones que también cumplían estaba la de servir de escolta a comparsas femeninas [15] que iban a bailes de máscaras y otras actividades. En el desfile de carrozas del último domingo de carnaval, los he visto en gran número caminando entre los vehículos o en nutridas comparsas. En el entierro de la sardina, que cierra las actividades el martes por la noche, he divisado igualmente a muchos de ellos, a menudo haciendo travesuras en su continuo ir y venir.

La indumentaria de nuestro enmascarado, extravagante a tono con su personalidad, se compone de varias prendas. El traje es de tela, muy holgado, de pantalón y camisa unidos; su holgura facilita los movimientos raros y exagerados que acostumbra hacer. Suele llevar una pieza que va de la muñeca al tobillo - algunos la llaman *aleta* - y cuando el vejigante abre los brazos, gesto frecuente para asustar, se asemeja a un pájaro grotesco y sobrenatural. El disfraz también lleva un capucho que cubre la parte posterior de la cabeza para que el sujeto quede completamente tapado y no pueda reconocérsele.

Muchos de los trajes de vejigante que he examinado tienen una capa que a veces se encuentra adornada con ingenuos dibujos o bordados representando diablos, calaveras, dragones y otras figuras amedrentadoras. Es bastante común que en el borde del cuello, las mangas o en los ribetes de las aletas tengan cosidos borlas, flecos o lentejuelas grandes; algunas veces llevan cascabeles que suenan mucho con los constantes movimientos del disfrazado. No es raro que una mitad del disfraz sea de un color y la otra de otro, o que la capa y los volantes que con frecuencia van en el cuello y las

mangas, sean de un color diferente al del resto de la pieza, todo lo cual contribuye a aumentar el aspecto extraño y peculiar del atuendo. También hay trajes de un solo color, especialmente negro o rojo, y a menudo éstos se usan con careta del mismo color para lograr un efecto aún más diabólico.

Componente muy destacado del disfraz de vejigante, y el que con toda probabilidad dio origen a su nombre, es la vejiga seca (por lo común de vaca, aunque también puede ser de cerdo u otro animal) que inflada con aire el enmascarado lleva en cada mano. Cuando hice la investigación se obtenían en el matadero de la Ciudad y, aunque en ocasiones se dejaban en su color natural, lo más frecuente era que se pintaran al óleo de los mismos colores de la careta y el traje. Algunos disfrazados echaban en el interior

de las vejigas granos de arroz u otras semillas, con el propósito de que sonaran al agitarlas. Los disfrazados que por alguna razón no conseguían vejigas, llenaban de trapos, o de papel arrugado medias viejas y les daban el mismo uso. Últimamente se ha generalizado el empleo de un sustituto que es típico de nuestros tiempos: botellas plásticas vacías que, en algunos casos, el vejigante pinta de diversos colores, al igual que suele hacerse con las vejigas.

Otra parte imprescindible del disfraz es los guantes, que en muchos casos son viejos y el enmascarado usa, desde luego, para que no se le renozca por las manos. Los zapatos son casi siempre de uso diario, también viejos, y es bastante común que se policromen y tengan numerosos cascabeles amarrados a los cordones.

Completa el disfraz la careta.[16] Esta pieza y el atuendo en general constituyen una de las más hermosas y arraigadas manifestaciones del arte popular puertorriqueño. La careta, como antes indicara, [17] imita a un rostro de aspecto animal y demoníaco, con impresionantes cuernos, que en algunos casos sobrepasan la cifra de cien. Se emplea habitualmente como materia prima el cartón piedra.[18] Los artífices que las fabrican hacen gala de su pericia al darles color, que por lo común es de tonos fuertes y contrastantes.[19] Recuerdan los sujetos entrevistados que en su juventud eran frecuentes las caretas combinadas en diversos modos de rojo y amarillo. La siguiente copla, obtenida de igual forma durante la encuesta de campo, alude a ello:

Mascarita, mascará,
amarilla y colorá,
tu careta es de cartón
y está rota por detrá. [20]

Las personas que se visten de vejigante son de ordinario hombres, por lo general jóvenes y solteros que, al ponerse la careta - una nueva cara - tienden a adoptar una nueva personalidad en armonía con el ser demoníaco que representan. Estos disfrazados hacen sus recorridos a pie, algunas veces individualmente, aunque otras veces van en grupos, más o menos organizados, que pueden incluir hasta quince o veinte jóvenes.

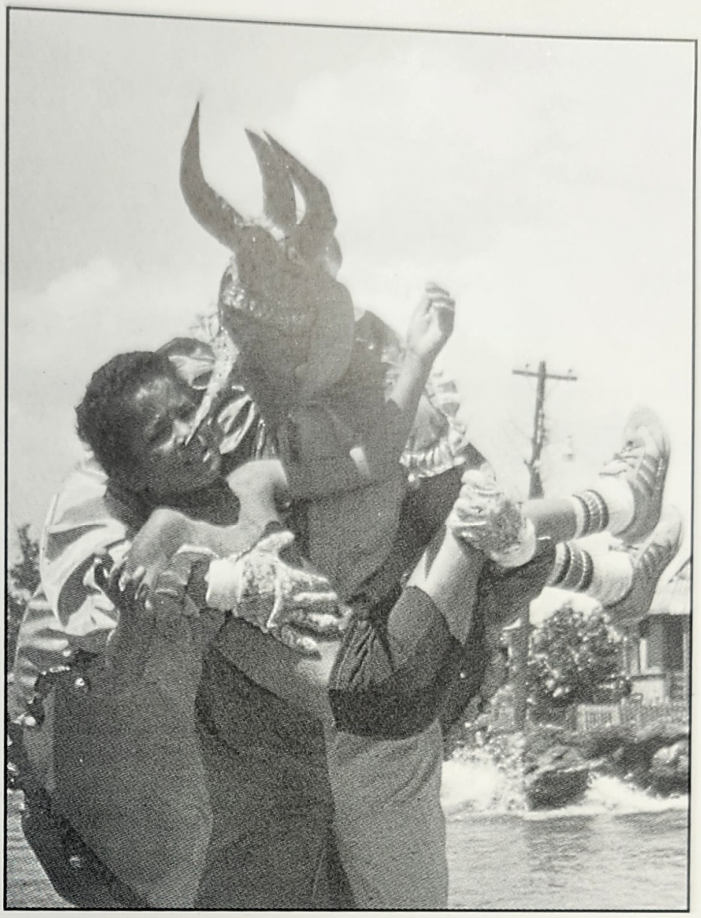
Los días en que los mozos se disfrazan y van por las calles de Ponce haciendo sus acostumbradas diabluras y ridiculeces son en el mes de febrero. Antiguamente - informaron ponceños de mucha edad [21] - la época de carnaval comenzaba por tradición el dos de febrero, fiesta de la Virgen de la Candelaria. Ese mismo día los vejigantes iniciaban sus escandalosos correteos por la Ciudad. Durante el resto del mes, a veces salían en días laborables; pero los sábados y sobre todo los domingos, era cuando lo hacían con mayor frecuencia. En el último domingo de febrero las comparsas resultaban más nutridas y numerosas que de costumbre, intensificándose el escándalo, las mojigangas y las maldades realizadas, hasta el punto de que, en reñidísimas batallas callejeras [22], los vejigantes, las otras máscaras [23] y los espectadores, se echaban unos a otros cubos de agua. Según expresaran mis entrevistados: "El último domingo es pa mojarse". [24] Aún siendo laborable el último día de febrero, los vejigantes volvían a verse en las calles en su revoltoso e incansable ir y venir como ocurría desde tiempo inmemorial.

La tradición sobre los días en que los vejigantes ponceños salen en sus recorridos no ha perdido arraigo. Así, tan pronto llega febrero, y aunque todavía no haya comenzado la temporada oficial

de carnaval fijada por las autoridades municipales, estas máscaras criollas empiezan a salir en sus correrías, al igual que hacían en el pasado. Y aunque haya concluído el período oficial de carnestolendas, y empezado la cuaresma, continúan saliendo, sobre todo en los días de fiesta, hasta que haya terminado febrero, manteniendo así esta costumbre tan particular y característica del carnaval de Ponce.

Por lo general, los disfrazados comienzan a verse en las calles "del mediodía abajo", según lo expresa la gente. Hacen sus correteos por toda la Ciudad, viéndose más a menudo en algunos barrios pobres de población densa, como Los Pámpanos; Bélgica; Portugués; San Antón; La Nueva Vida; y sobre todo Playa de Ponce, donde se ha conservado más vigorosa hasta ahora la tradición de que tratamos.

Una tarde de febrero de 1977, en las calles del mencionado barrio Playa de Ponce, había varios vejigantes que iban haciendo mucho ruido y corriendo desaforadamente tras algunos niños y niñas del vecindario, a quienes azotaban con las vejigas. En ocasiones perseguían a sus aterrorizadas víctimas hasta dentro de sus propias casas, y si en medio de la gritería y confusión atrapaban a algún chiquillo, lo levantaban en brazos y corrían con él un buen trecho. También solían perseguir a los perros y gatos tratando, en ocasiones, de cogerlos. En su recorrido, a veces se detenían a embromar a las personas mayores con quienes se topaban, hablándoles, por lo común, con voz sepulcral. De vez en cuando daban alaridos y producían un ruido semejante al bramido del toro. Algunos tocaban a las puertas de las casas y se asomaban por las ventanas que estaban abiertas y , si podían entrar en la cocina, se comían las golosinas que encontraran en la alacena. Con frecuencia saltaban y alzaban los brazos y, aunque



solían hacer reír a las personas asomadas a los balcones y antepechos, o reunidas en las esquinas de las calles para verlos pasar, era evidente que su principal propósito era infundir miedo.

Con las vejigas, además de golpear a sus víctimas, los enmascarados se pegaban en las piernas y en la palma de la mano, ocasionando un ruido sordo e impresionante que asustaba mucho sobre todo a las mujeres y a los niños. Para que el sonido resultara aún más fuerte, algunos habían echado arroz u otros granos dentro de las vejigas. Cuando iban en grupo por el medio de la calle, todos los disfrazados se golpeaban las manos y las piernas al mismo tiempo. Desde luego, los azotes que esas máscaras propinan a las personas con tales vejigas llenas de aire no hacen daño; su propósito es sólo impresionar y asustar.

Al pasar los vejigantes por las calles se escuchan con frecuencia unos estribillos tradicionales, de notable sabor regional, que a voz en cuello estas máscaras inician y a coro contestan los numerosos

chiquillos que suelen seguirlas y, a veces también, el público reunido en las aceras a fin de verlas. En algunas ocasiones, para mayor dramatismo, al pronunciar las palabras el enmascarado abre los brazos de modo que suenen mucho los cascabeles que lleva cosidos en las mangas y otras partes del traje. Aunque en años recientes los estribillos se han oído con alguna frecuencia, es innegable que este aspecto tan característico de la tradición del vejigante ha decaído. Pero la riqueza de estribillos en Ponce es considerable y, por fortuna, se han conservado muchos en la memoria del pueblo. Así, al final de estas páginas transcribo los que recogiera en el curso de la investigación de campo referida. Conviene señalar entre ellos a uno del que hay testimonio documental de que ya en el siglo diecinueve acostumbraban decir nuestras máscaras. [25] Tal vez sea el más generalizado en la tradición folclórica de Puerto Rico. El disfrazado grita:

- *Vejigante a la boya,*

Y los que le rodean responden a coro:

- *Pan y cebolla.*

De vez en cuando, durante estos recorridos, los vejigantes forman una fila india poniéndose unos a otros las manos sobre los hombros, y van culebreando así juguetonamente durante un trecho largo del camino. En el carnaval de 1978 observé en la barriada de Bélgica a unos vejigantes que iban por el medio de la calle en ese serpenteo seguidos por un nutrido grupo de mozalbetes del vecindario. A grandes voces, los disfrazados decían:

- *Culebra en la loza*

Los chicos, por su parte, contestaban:

- *Siete pescaos.*

A veces estas máscaras callejeras se detienen en su recorrido para entrar en un cafetín a beber refrescos o tomarse un trago de ron. En el pasado esta práctica era muy común y en los establecimientos no les cobraban por lo que consumían debido a la mucha clientela que atraía su presencia. Para no tener que quitarse la careta al tomar la bebida el disfrazado la sorbía usando un *carruzo* de lechoza, es decir, una pajilla hecha del tallo de la hoja de esta planta, que es hueco. Si al continuar su marcha se hacía evidente que el enmascarado había bebido en exceso, los chiquillos solían repetir:

- *Vejigante está prendío*
  de tanto romo que ha bebío.

En ocasiones, el enmascarado trataba de contradecir a los chicos ante el público congregado en las aceras y los balcones, y gritaba airado:

- *Vejigante no bebe ron.*

Pero los mozalbetes lo desmentían a coro:

- *Y se lo bebe por galón.*

Aunque muchos niños, sobre todo los más pequeños, les tienen terror a estas máscaras otros se envalentonan hasta el punto de que se complacen en hostigarlas con frecuencia durante las

excursiones callejeras. Una de las maneras predilectas de molestarlas es diciendo en tono de burla palabras por el estilo de éstas que recogí de la tradición oral en 1978:

- *Cocoroco, cocoroco,*
  vejigante come mocos.

Por lo común, al escuchar la injuria el enmascarado se estremece y alza los brazos dando ostensibles muestras de haberse puesto furioso. De seguida corre tras los chicos para castigarlos por su osadía, golpeándolos repetidamente con las vejigas.

Una tarde de la temporada carnavalesca de 1979, al pasar un grupo de vejigantes por el sector antiguo de Ponce, varios niños que divisé en el balcón de la segunda planta de una casa les gritaron con voz extraña:

- *Mascarita, mascarón,*
  tu careta es de cartón.

Los vejigantes, como se ha indicado antes, no pierden oportunidad de asustar a todo el que encuentran en su camino. En un carnaval reciente observé a uno de ellos que, con gesto amenazador y la vejiga en alto, se acercó a unas mujeres que salían de un colmado. Varias personas que estaban en la acera viendo la escena me informaron que en tales casos la gente suele recitar en tono de burla:

- *Vejigante está pintao*
  de amarillo y colorao.
  No me pegues, desgraciao,
  o te mando a raspar pegao. [26]

Una de las diversiones predilectas del enmascarado durante su recorrido es mostrar a los chiquillos un *guineo niño* - como el pueblo llama al plátano pequeño-un dulce de coco, o una rosquilla, carnada que lleva atada a uno de los extremos de un cordón que pende de una varita. El niño debe cogerla con los dientes y el disfrazado así se lo indica, repitiendo:

- *Por aquí, por aquí,*
con la mano no,
con la boca sí.

De igual modo suele desafiarlo, diciendo estas palabras:

- *A que tú no lo coges.*

Y la chiquillada responde con entusiasmo:

- *A que sí, a que sí.*

Según el niño se acerca a morder la carnada, el disfrazado, para hacerlo más difícil, la bambolea a la par que da unos pasos cadenciosos hacia atrás. Si el chico logra morderla, sus compañeros aplauden jubilosos; pero si trata de cogerla con la mano, el enmascarado lo castiga propinándole vejigazos.

El vejigante también acostumbra - hoy menos que antes - llevar consigo algunas monedas de poco valor con el fin de arrojarlas a los mozalbetes. Al alzar el brazo para lanzar las piezas, grita las palabras siguientes que le indican a los chicos lo que deben hacer: "¡A la garúa!" Ellos corren en tropel a coger las monedas y el disfrazado aprovecha la confusión para volver a golpearlos con las vejigas.

Los ancianos, siempre deseosos de hablar sobre los carnavales de su juventud, cuentan que en los primeros decenios del siglo veinte, en algunos barrios urbanos y campestres se acostumbraba organizar grandes comparsas de vejigantes que los domingos salían a hacer correrías por la ciudad y por algunos caminos rurales

adyacentes. La mascarada del barrio Playa de Ponce, una de las más nutridas e impresionantes, salía alrededor de la una de la tarde. Los mocetones que la integraban, para evitar que se conociera su indentidad, casi siempre se ponían el disfraz en casa de parientes o amigos. En la ruralía era frecuente verlos asustando las cabras, las gallinas y otros animales; a los muchachos revoltosos, luego de propinarles repetidos vejigazos, los cogían y les daban un chapuzón en el río o en el mar. Después de varias horas de dar vueltas y hacer sus acostumbradas travesuras, los disfrazados llegaban al barrio urbano de San Antón como a las cuatro de la tarde. Allí permanecían casi siempre largo rato porque la gente de ese barrio es muy aficionada a la música, y en los días de carnaval acostumbran reunirse con particular frecuencia en las esquinas de las calles o en los cafetines a cantar y bailar bombas y plenas. Tan festivo era el ambiente que los enmascarados terminaban bailando en el medio de la calle con las vecinas del lugar.

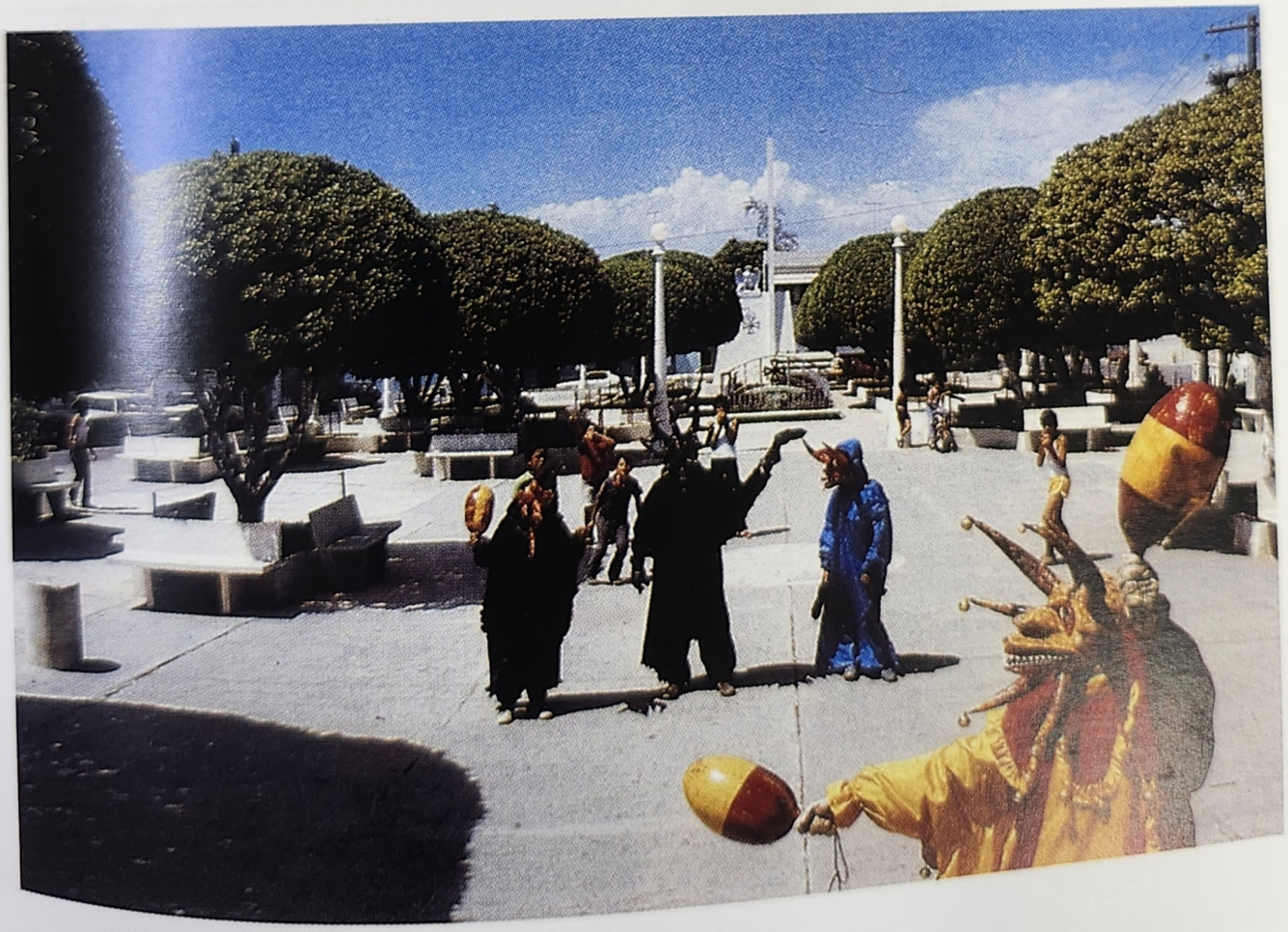
La última actividad del carnaval en que participan los vejigantes es, desde luego, el llamado entierro de la sardina, que consiste en llevar a cabo burlescamente, la última noche de la temporada, el sepelio de un muñeco que representa ese pez. [27] En años recientes vi algunos vejigantes formando parte de la comitiva fúnebre y a menudo los oí unirse al coro de estridentes lamentos que son tan típicos de esa singular función carnavalesca. Con anterioridad - señalan nuestros informantes - [28] era usual que el día del entierro, desde temprano en la tarde, muchos de ellos salieran a recorrer las calles seguidos por numerosos chicos. Durante sus giras repetían estribillos tradicionales, algunos alusivos a la sardina, como los que aquí se citan:

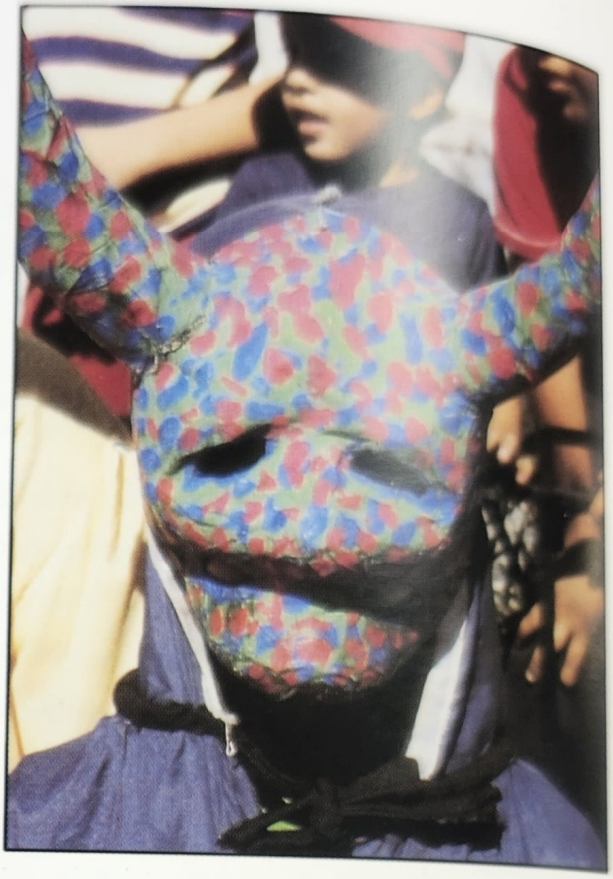
- *Vamos, muchachos, pa la marina.*
- *Al entierro de la sardina.*

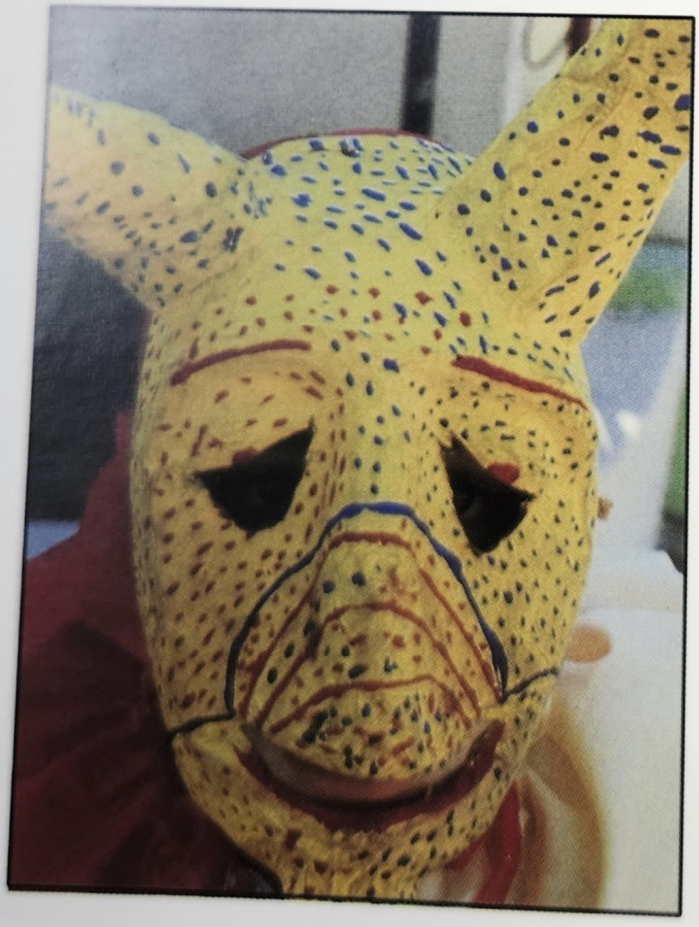
- *¿Qué le pasa a la sardina?*
- *Bebe ron y no se anima.*

- *Capitán de la marina.*
- *Que se empolva con harina.*

- *Capitán de la marina.*
- *Que nos traiga la sardina.*







ESTRIBILLOS DE VEJIGANTE

En la tradición folclórica de Ponce los estribillos abundan sobremanera. Los que se ofrecen a continuación, exponentes típicos del género, los recogí en esa ciudad durante las temporadas de carnaval de 1977 a 1982:

- *Vejigante a la boya.*
- *Pan y cebolla.*

- *Vejigante está pintao.*
- *De amarillo y colorao.*

- *Vejigante está esmayao.*
- *Come pan y bacalao.*

- *Vejigante come lerenes.*
- *Palos van y palos vienen.*

- *Vejigante está cornú.*
- *Son embustes, que es pelú.*

- *El vejigante se fue a bañar.*
- *Y dejó la ropa en el platanar.*

- *Vejigante comió pescao.*
- *Y se lo dieron con pegao.*

- *Vejigante comió mangó.*
- *Y hasta las uñas se lambió.*

- *Vejigante bobo, bobó.*
- *Viene comiendo mangó.*

- *Bobo, bobó.*
- *Ya se lo comió.*

- *Tocotoco-toco-toco.*
- *Vejigante come coco.*

- *Pepapepa-pepa-pepa.*
- *No se trague la quenepa.*

- *Tun-tun-eco.*
- *Que baile el muñeco.*

- *Chuchú-rumbé.*
- *De vaca es.*

- *Mascarita, mascarón.*
- *Tu careta es de cartón.*

- *Kinyere, kinyere.*
- *Me gustan las mujeres.*

- *Guaracha, guaracha.*
- *Me gustan las muchachas.*

- *Cebolla, cebolla.*
- *Se cocina en la olla.*

- *Cocoroco, cocoroco.*
- *Vejigante come mocos.*

- *Brea, brea, brea.*
- *El palito se menea.*

- *¿Cómo estrilla la candela?*
- *Tris, tras, tris, tras.*

- *¿Cómo estrilla la leña?*
- *Pra, pra, pra, pra.*

- *Juego de tigre.*
- *Tun-tun-eco.*

- *Vuelta y vuelta.*
- *Una chuleta.*

- *Vamos muchachos, pa la marina.*
- *A comer pan con sardina.*

- *María va pal pueblo.*
- *Con su vestío negro.*

- *María va pal campo.*
- *Con su vestío blanco.*

- *María va pal coto.*
- *Con su vestío roto.*

- *María la jorobá.*
- *Chichón alante y chichón atrás.*

- *María la jorobá.*
- *Dicen que tiene y no tiene na.*

- *Se me sale la lengua.*
- *Por esa hembra.*

- *Esa mujer en el balcón.*
- *Come pan con salchichón.*

- *Esa mujer que está en la puerta.*
- *Vio al vejigante y ya está muerta.*

- *¿A quién busca doña Muerte?*
- *A la vieja de los lentes.*

- *A las muchachas bonitas, ¿qué se les*
- *Fuete en las nalgas y agua salá.*

- *Esta es la calle de los tropezones.*
- *Donde las mujeres comen anones.*

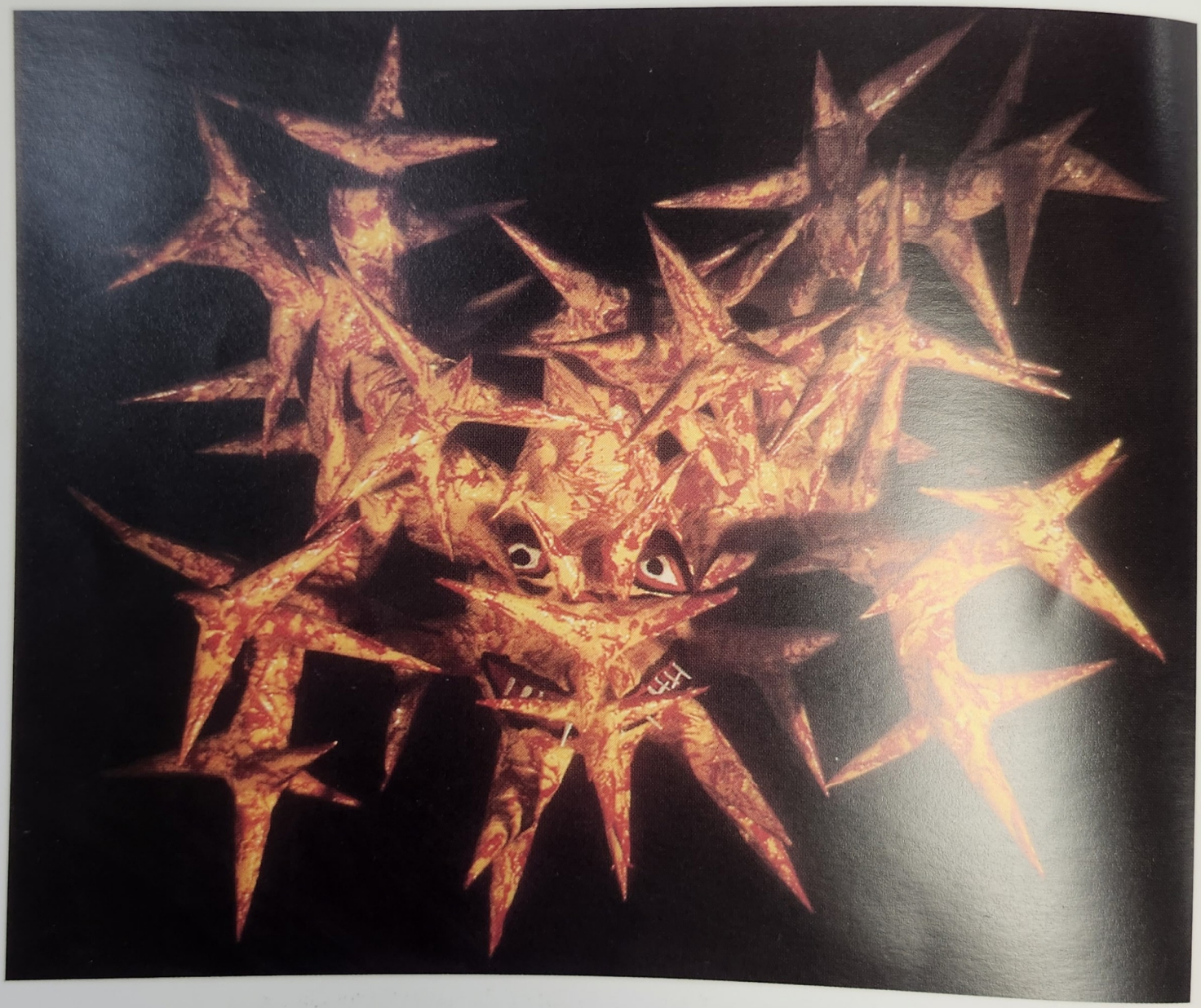
Calle 25 de enero

Algunas veces los vejigantes pasaban por las calles donde vivían mujeres de vida alegre, como la antigua Calle del Buen Gusto, en el sector Sal Si Puedes del barrio Playa, y en tales ocasiones los enmascarados y los mozalbetes que los seguían acostumbraban decir estribillos como los siguientes:

- *Esta es la calle del caculo.*
- *Donde las mujeres tienen culo.*

- *Esta es la calle de las bicicletas.*
- *Donde las mujeres tienen tetas.*

Luego de decirlos, todos echaban a correr.



Careta por Leonardo Pagán

NOTAS

1. Teodoro Vidal. *Las caretas de cartón del carnaval de Ponce*, San Juan, Ediciones Alba, 1982.

2. El documento del que se toman estos datos se titula *Noticia cierta de las Fiestas que se hicieron en esta Ciudad é Ysla de Puerto Rico, en celebración de la Exaltación al throno Real de Nuestros señores D. Fernando de Borbón y doña María Bárbara de Verganza: que celebraron en los nueve primeros días y también en el último del Mes del Maio de este presente año mil septezos y cuarenta y siete.* Está transcrito en el *Boletín histórico de Puerto Rico*, de Cayetano Coll y Toste, Vol. V, p. 162-193.

   En este documento se alude al vejigante cuando se hace referencia a la participación de varias máscaras en esas festividades. Reproduzco de seguida lo que se indica en el documento en torno al enmascarado de que tratamos:

   "Los que en Europa llaman *Diablitos* en esta Ysla tienen el nombre de *Begigantes*, y uno con este trage ridículo también supo decir su papel:

   "Begigante soy famoso
   que dirijo mis destinos
   solo en abrir los caminos
   aun Monarcha poderoso
   nunca he sido mas dichoso
   que en la presente ocasion
   diciendo de corazon
   á todo el orbe animando
   viva ntro. Rey Fernando
   de todo el Mundo blasón."

3. Augusto Malaret. *Vocabulario de Puerto Rico*, Madrid, Arco Libros, S.L., 1999, p. 329.

4. Informantes: Luisa Tirado, de 85 años, de la Calle del Parque; Carlos Gutiérrez, de 80 años, de la Parada 26; y otros antiguos residentes de San Juan (entrevistados hacia 1979)

5. Informante: Arsenio López Carrillo, de 82 años, de la Calle de la Luna, en la parte antigua de la ciudad de San Juan (1979)

6. Informantes: Clotilde Arroyo, de 69 años, del barrio Caimital; y Gumersindo López García, de 81 años, del barrio Jobos, ambos de Guayama (1980)

7. Informantes: Feliciano Vázquez Romero, de 65 años, del pueblo de Arroyo; Juana Lebrón Vázquez, de 58 años, del barrio Palma y otros (1979)

Los vecinos de Arroyo entrevistados, también me ofrecieron el interesante dato de que en los antiguos carnavales populares, además de caretas de cartón piedra, los vejigantes del lugar las usaban hechas de coco, de higüera o utilizando la cabeza desecada de un pez grande, común en las costas de Arroyo, que llaman *mero guasa*. De cualquier forma que hicieran tales piezas las pintaban de varios colores con pinturas que eran por lo general de factura hogareña.

Otros vecinos acostumbraban policromarse el rostro con sustancias negras y pegadizas, como, por ejemplo, el tizne de caldero o el tinte de achiote mezclado con manteca, y asimismo usaban ceniza, harina y polvo blanco. Con las sustancias negras a veces simulaban exageradísimas patillas, barbas y bigotes, aunque algunas veces los imitaban aprovechando cualquier cosa parecida al pelo.

8. Informantes: Zoilo García, de 87 años; y Heredia Ríos Hernández, ambos del pueblo de Corozal (1979)

9. En el lenguaje popular de Puerto Rico quebrada significa arroyo o riachuelo.

10. Informantes: Bertulio Pérez Quiñones, de 68 años; Santiago Toro Ramírez, de 57 años; y Julia Ayala de 89 años, todos de la ciudad de San Germán (1980)

11. Informantes: Josefa L. Guzmán, de 83 años, del barrio Quebrada Vueltas, y Jorge Luis García Fuertes, de 67 años, del pueblo de Fajardo (1980)

12. Informantes: Delfina Hernández Hernández, de 76 años, del pueblo de Arecibo; Florencio Iglesia, de 64 años; y otros del mismo pueblo (1979)

13. Informantes: Luz Delia Torres Toro, de 81 años, de la ciudad de Mayagüez; Néstor Ramírez Quiñones; de 66 años, del barrio Candelaria; y otros del mismo municipio. (1978)

El carnaval de Mayagüez era una gran fiesta con la participación entusiástica de todo el pueblo, tanto así que en 1904 se publicó en la

misma Ciudad un pequeño cuaderno sobre el tema, ilustrado con doce fotografías de diversos eventos en las calles. La publicación es de indudable interés por las descripciones que contiene de las actividades que tuvieron lugar ese año durante la temporada carnavalesca en La Sultana del Oeste. El ejemplar que conservo en mi archivo era de la antigua colección del doctor Francisco Llavat de Mayagüez.

Es de interés observar que en Mayagüez el entierro del carnaval se celebraba el Miércoles de Ceniza, según se indica en esta publicación. En Ponce es el Martes de Cuaresma por la noche.

14. Alegría, Ricardo E. *La fiesta de Santiago Apóstol en Loíza Aldea*, Madrid, ARD, Artes Gráficas, 1954, p. 58-61.

15. Una de las comparsas más pintorescas que se veían en las calles de Ponce en los viejos carnavales era la integrada por mujeres. Las caretas que estas muchachas usaban eran de red metálica muy delgada, y las chicas ponían gran empeño en su confección dotándolas, por lo común, de mejillas color de rosa y grandes ojos negros con largas pestañas enarcadas. Los trajes que llevaban - explicaron unas señoras que en su niñez ayudaban a cofeccionarlos - "eran muy lindos, de hada o de princesa, con faldas y mangas largas, bien tapaditas para que no las reconocieran." Informantes: Luisa Ortiz de Ramírez, de 84 años; y Carmen Vega, de 76 años, ambas de la barriada Bélgica, en Ponce (1978)

16. Las caretas de vejigante no siempre se usaban para fines carnavalescos. Por los numerosos cuernos que muchas de ellas tenían, la gente a veces las empleaba con propósitos supersticiosos, y también, en ocasiones, para dar bromas.

Entre algunas personas existía la costumbre de conservar la máscara después del carnaval y colgarla en el interior de la casa porque creían a pie juntillas que, de hacerlo así, gozarían de la suerte y la felicidad más envidiables. Unas señoras de la calle Victoria, en la parte antigua de Ponce, me refirieron que a vecinos de mucha edad siempre les habían oído decir que las piezas más apropiadas para conservarlas con ese propósito son las que tienen más de cincuenta cuernos "porque entonces uno goza de dicha sin cuenta". Informantes: Gudelia Ramos, de 57 años; y María Luisa Ortiz Ramos, de 78 años, ambas de la calle Victoria, en Ponce (1979)

No sólo en la zona urbana de Ponce, sino también en las áreas campestres, se ha practicado la costumbre indicada; así, personas ancianas de barrios rurales como Monte Llano, Quebrada Limón y Coto Laurel recordaban haber visto

en su niñez, en las moradas de los campesinos, máscaras de vejigante que sus dueños habían colocado en un prominente lugar de la sala o guardado en un baúl o en un ropero para que les trajeran mucha suerte.

Por otro lado, de acuerdo con los informes de varios antiguos vecinos de Loíza, entre ellos el conocido artesano Castor Ayala (1978), a las personas supersticiosas del barrio Medianía no les gustaba tener mucho tiempo en su casa las caretas de vejigante porque, en frase de Ayala, "eso atrae al diablo". No obstante, otros vecinos del mismo municipio consideran que las máscaras, sobre todo las más cornudas, son excelentes para alejar las cosas malas. Antiguamente era muy común que, pasadas las fiestas, esas personas las colocaran con tal propósito en una de las paredes de la sala, sobre la puerta de entrada, o clavadas en la parte superior de una estaca que colocaban en un prominente lugar del batey.

Otra costumbre de que me enteré en Ponce, es la de conservar las máscaras con numerosos cuernos para ponerlas en la parte exterior de la puerta de entrada de las casas de hombres cuyas mujeres "les pegan cuernos", es decir, les son infieles. A tales caretas les atan numerosos cascabeles en los cuernos a fin de que suenen cuando abra la puerta el esposo engañado.

17. Teodoro Vidal, *op. cit.*, p. 23-30
Véase también: Teodoro Vidal, *Las caretas de los vejigantes ponceños: modo de hacerlas*, San Juan, P.R., 1ra. edición, 1988. (12 p.)

18. En el arte popular puertorriqueño, los trabajos en cartón piedra no se limitan a la producción de caretas. He visto en los campos de la región oeste del País representaciones de bulto de los Santos Reyes a caballo, en las que los corceles están hechos de cartón piedra. Del mismo material es el traje de una hermosa efigie de Santa Rita que encontré en Yauco. En Añasco tuve noticia de que a principios del siglo veinte trabajaba en ese pueblo un artífice llamado Concepción Soto Rosado, que además de labrar santos en madera, hacía marcos y otros objetos de cartón piedra.

19. El historiador inglés James Laver señala en su obra *Costume in the Theatre,* que los disfraces de diablo que en la Europa medieval se usaban, algunas veces eran negros. También era frecuente en estos disfraces - añade el autor - que el negro y el rojo se combinaran para sugerir las llamas del infierno, p. 46-47.

20. Informante: Fabiana Ríos de Vendrell, de 73 años, de la barriada Los Pámpanos, en la ciudad de Ponce, entrevistada en 1979.

21. Informantes: Vicente Ortiz Cortada, de 85 años y José Manuel López, de 84 años, ambos del barrio San Antón, de Ponce, y otros de la misma Ciudad (1978)

22. En las batallas callejeras del carnaval ponceño, además de echarse agua recíprocamente, las máscaras y los espectadores se arrojaban papelillos, serpentinas, ceniza, harina de trigo, polvo, almidón y cascarones de huevo llenos de agua de Colonia.

Los papelillos o confeti, se fabricaban muchas veces en el hogar recortando a mano, en varias formas, pedacitos de papel de diversos colores. Por lo general se llevaban en bolsas de tela, o en cartuchos, y se lanzaban a puñados, o con los cartuchos, o poniéndolos en la palma de la mano y soplando con vigor. Las serpentinas, que se arrojaban unas personas a otras, en algunos casos también eran de factura hogareña. Los cascarones de huevo llenos de agua de Colonia, agua de Florida, agua de jabón, o cualquier otra agua olorosa, en frecuentes ocasiones los preparaban, asimismo, los propios usuarios. En algunos casos los muchachos traviesos echaban en el interior de los cascarones agua maloliente.

Para llevar la ceniza y la harina, los participantes en las fiestas se valían de bolsas o de cartuchos; algunas comparsas tenían fuelles para arrojarlos. Blanco preferido de tales maldades eran las jóvenes, que después de toparse con una mascarada quedaban a veces completamente empolvadas.

Algunos muchachones se untaban las manos con sustancias de color, como tizne de sartén mezclado con manteca, con el propósito de tocar súbitamente a las personas y mancharlas.

En algunas barriadas de Ponce, cuando se deseaba que terminara un baile de carnaval, salían sorpresivamente varios enmascarados echando en el piso, entre las parejas que bailaban, un producto vegetal conocido con el nombre de picapica. Se obtiene raspando la pelusa existente sobre la vaina de una planta leguminosa del mismo nombre, abundante en los cañaverales. El insoportable picor que causa su contacto con la piel hace que la persona deje de bailar para rascarse febrilmente durante largo rato.

23. Ponce tiene una tradición carnavalesca propia y rica y las máscaras no se limitaban a las de vejigante. Había otras, también callejeras, que gozaban de gran popularidad Una de las más divertidas era la que llamaban "La Preñá". Consistía en un sujeto disfrazado de mujer que llevaba una careta horrible, y se ponía sobre el vientre varias almohadillas para simular que se encontraba en estado de preñez avanzado. Tras ella correteaba por las calles un "médico"

de aspecto grave, vestido de blanco de pies a cabeza. La mujer, que corría y saltaba desaforadamente, se detenía a intervalos aguantándose la barriga y se tiraba al suelo gritando palabras como éstas: "¡Dolor, dolor! ¡Voy a parir, voy a pariiir!" El "facultativo" se hincaba presuroso junto a ella y con exagerados gestos le examinaba el vientre y le daba masajes, exclamando, al fin: "No vas a parir na." Jubilosa, la *preñá* se ponía en pie de un salto y, seguida siempre del "médico", renovaba las desenfrenadas carreras y retozos.

Muy originales y poseedoras de gracia popular eran asimismo otras máscaras que participaban de igual manera en el carnaval. Se contaban entre ellas "La Osa Carolina", "El Matrimonio", "Máximina la Loca", "El Juicio", "La Muerte en Cueros" y otras que también hacían reír mucho al numeroso público que se congregaba a verlas.

24. Informantes: Carlos L. Rovira, de 58 años; y Josefina Ríos de 69 años, ambos de Los Pámpanos en Ponce (1978)

25. En 1882 se publicó en Madrid un artículo titulado "El carnaval en las Antillas", por Luis Bonafoux, que cita este estribillo, señalando que las comparsas de vejigantes lo decían. Reproduce el artículo Cayetano Coll y Toste en el *Boletín histórico de Puerto Rico*, Vol. XII, p. 107-111.

26. En el lenguaje popular puertorriqueño, *pegao* significa el arroz, u otro comestible, que permanece quemado y adherido al recipiente en que se cocinó.

27. El entierro de la sardina sale al anochecer del Martes de Carnaval, el último día de tales festividades. Consiste esta tradición, como indica su nombre, en llevar a cabo burlesca y ruidosamente el entierro de un muñeco que representa dicho pez.

En el pasado, según recuerdan los antiguos ponceños que interrogara, varios disfrazados llevaban en hombros un rústico ataúd de madera negro, adornado con innumerables lazos y flecos del mismo color, y, para mayor solemnidad, cubierto con un velo enorme. Dentro de la caja mortuoria había un muñeco de trapos envuelto en una mortaja, que representaba, por supuesto, la difunta sardina. Detrás del ataúd iba el viudo de la sardina, una estrafalaria máscara rigurosamente enlutada, que en la mano llevaba un trapo negro que le servía de pañuelo. A cada paso el viudo daba exageradas muestras de dolor, llorando muchísimo, dando alaridos y hasta revolcándose en el suelo. Algunas máscaras que le acompañaban y decían ser parientes y amigos suyos, lo consolaban en son de burla y a veces caían también al suelo en convulsivos ataques de llanto.

La muchedumbre que seguía a esta extravagante comitiva llevaba por lo general crespones en el brazo, velas encendidas, ramilletes de flores, y todos irrumpían en tétricos lamentos por el fallecimiento del pez. Otros repetían caricaturescas versiones de los rezos que en la localidad se escuchan con mayor frecuencia en los velorios de muertos. Hubo años en que participó en la procesión un individuo disfrazado de escribano público, que iba leyendo en voz alta el testamento de la sardina; y también una comparsa que, con desafinados instrumentos musicales, pretendía ejecutar una marcha fúnebre.

Después de pasar por algunas de las principales calles de la Ciudad haciendo éstas y otras mojigangas, las máscaras daban vueltas por la Plaza de las Delicias y seguían en dirección al cementerio. En las inmediaciones quemaban el ataúd y cantaban a coro otra vez versiones burlescas de los cánticos que se oyen a menudo en los velorios de muertos:

Por la niña que sacaron
y no sabía bailar,
que Dios la saque de penas
y la lleve a descansar.

Por la peste que dejaron
los caballos al pasar,
que Dios la saque de penas
y la lleve a descansar.

Al concluir el acto, la persona que lloró y pataleó más recibía como obsequio, de manos del desconsolado viudo, el trapo negro que le sirvió a éste de pañuelo.

El entierro de la sardina sigue celebrándose, pero con modificaciones. En el del año 1981, aunque desfilaron los numersos amigos de la sardina, todos enlutados, y portando las consabidas velas encendidas y los ramilletes de flores de papel, encabezó la procesión el Rey Momo en su elaborada carroza motorizada. En ésta iban sentados varios vejigantes y otras máscaras, y también una *banda de acero* tocando alegremente música popular del momento. Le seguía un pequeño automóvil, profusamente adornado con papel crepé blanco y negro para imitar un coche fúnebre; se destacaba en él un ataúd negro que contenía una piñata en forma de sardina.

En ese año de 1981 participó con prominencia en la procesión la reina del carnaval de la Ciudad, que hizo el papel de la viuda de la sardina. Iba esta bella joven en su carroza, detrás del ataúd, vestida de negro

rigurosamente y acompañada por algunas de las muchachas de su séquito, las que, al igual que ella, lloraban y lamentaban con estridencia la muerte del pez. Ofrenda especial de la soberana era la corona de flores con una enorme cinta con dedicatoria, que junto a otras coronas - todas con jocosas frases - estaba puesta sobre el féretro en el improvisado coche fúnebre.

Al terminar la procesión en la Plaza de las Delicias, las personas que la integraban y la multitud congregada en la plaza a fin de participar en la fiesta, cantaban a coro letanías. El Rey Momo leyó solemnemente el testamento de la sardina haciendo alusión, en varias cláusulas, a incidentes divertidos del carnaval. Después, en medio de una algazara tremenda, le pegaron fuego a un monigote de paja, de amplias dimensiones, que la gente llamaba *Júa* o Judas, y que había recorrido las calles en la carroza del Rey Momo. Simbolizaba el carnaval y poco antes lo habían condenado a muerte. Al envolverlo las llamas, el muñeco estalló estrepitosamente mientras la gente gritaba: "¡Murió el carnaval! ¡Hasta el año que viene!" A continuación, del coche fúnebre sacaron el ataúd, y de éste, la piñata que representaba la sardina. El público enseguida se abalanzó sobre ella para coger los bombones, monedas y otras sorpresas que contenía.

En el barrio Playa de Ponce, que está algo apartado del centro de la Ciudad organizaban y aún organizan su propio entierro de la sardina. Pero en vez de llevar un muñeco en el ataúd, llevaban en 1979 a un muchacho de la localidad con el rostro pintado de blanco, envuelto en una mortaja del mismo color, y que de vez en cuando, durante el largo recorrido por las calles y por la orilla del mar, con disimulo se daba un palo de ron.

Otro lugar donde este burlesco entierro se celebra tradicionalmente es en el pueblo de Arroyo. De ordinario participa en la procesión fúnebre un hombre disfrazado de cura, varios muchachos que hacen el papel de monaguillos, y otros que forman un grupo de enlutadas lloronas. Seguidos por la viuda - un hombre corpulento vestido de mujer - y un público numeroso, recorren las calles del pueblo haciendo toda clase de payasadas y alborotando con sus estridentes lamentos. Concluyen su espectacular marcha prendiendo una gran fogata cerca del cementerio, a la que arrojan el ataúd.

Durante el entierro de la sardina que se celebró en Arroyo, en 1981, vi pasar por la plaza del pueblo a varios jóvenes que iban repitiendo:

- *Vámonos, muchachos pa la marina,*
  pal entierro de la sardina.

Como se sabe, el entierro de la sardina es también característico del carnaval de Madrid; Goya lo plasmó en un magnífico lienzo que pertenece a la Academia de San Fernando, en la capital española.

Algunos autores europeos que lo han estudiado opinan que el entierro de la sardina se originó en tiempos remotos cuando, para simbolizar la terminación del carnaval y el comienzo de la cuaresma, días durante los cuales se comía con abstinencia de carne, se enterraba, como símbolo de ello, una canal de puerco conocida con el nombre de "sardina". Con el correr de los años, se sustituyó la canal de puerco por el pez del mismo nombre.

28. Informantes: Guadalupe Quiñones Quintana, de 76 años; de la Playa de Ponce; y Agustín Serrano, de 65 años, del barrio Los Pámpanos, en la misma Ciudad (1980)

Se terminó de imprimir

este cuaderno

en febrero de 2003

en los talleres de

Elmendorf Colors,

en San Juan de Puerto Rico.

Las fotografías son de

Jack Délano

y el diseño lo realizó

Willie Berríos Sochting.

La fuente empleada fue

Times Roman

y se utilizó papel

Dull- cover & text 100 lbs.